

● OSVALDO BAYER: SEVERINO DI GIOVANNI. Buenos Aires. Editorial Galerna, 1970, 350 pp.

LA gente veterana recordará la tremenda conmoción que en los años anteriores a 1930 provocara con sus atentados terroríficos en Buenos Aires Severino Di Giovanni, en tanto en Montevideo sus cofrades Roscigna y los Moretti, con el a alio en 1929 al Cambio Messina, tres agentes muertos, sus apresamientos y sus fugas espectaculares, mantenían en vilo a la ciudad con episodios de gangsterismo.

Historiar la vida de la figura máxima del terrorismo era empresa apetecible que el autor cumple con loable decoro, esmerando una objetividad que, si bien es cierto matiza en general con una simpatía prudentemente dosificada, tiene que hacerlo para contrarrestar la descalificación radical con que en aquellos años se entenebrecieron hechos cuyo carácter no era pese a todo y a todos meramente delictivo. Fugitivo del fascismo, en el exilio se enardeció la rebeldía de Severino Di Giovanni y su idealismo se volvió intemperante, al punto que, con sus espeluznantes atentados, terminó encerrándose en un círculo de hierro cuya ruptura no pudo finalmente intentar sino jugando el todo por el todo. "La falibilidad está en pie y avanza", escribía en su hoja "Cúlmine". Pero si bien pudo mantener ese "avance" explosivo bajo los blandos gobiernos de Irigoyen y de Alvear, no habría de lograrlo bajo el más resuelto de Uruburu. Pertenecía al grupo anarquista de "La Antorcha",

opuesto, al final hasta el odio, a los que llamaba "anarquistas de opereta" de "La Protesta". Casado y con tres hijos, vivió al mismo tiempo un romance exaltado con la hermana de uno de sus compañeros más resueltos. Luchó, con la pluma y con la acción, por Sacco y Vanzetti y por Radowitzki, así como por todo compañero que caía en desgracia. Y fue ese mismo espíritu de entrega lo que le costó la vida, apresado luego de memorable persecución por calles, casas y azoteas. Ante la muerte, su entereza fue emblemática recibiendo las balas de los fusiles con un vibrante "Viva la anarquía".

Su vida fue un vértigo de amor enloquecido lo que justifica el calificativo de "romántico de la violencia" que le aplica el autor. Quería un inmediato paraíso, el amor total e incondicionado entre los hombres, aunque el camino debiera construirse sobre cadáveres urgentes. No era por cierto un sanguinario, pero en la abundante correspondencia transcrita no se advierte el menor estremecimiento de quien fuera causa incluso de las muertes eventuales de dos niños. La perfección a que aspiraba no reparaba en nada, pues no hacía ninguna clase de liga con las conveniencias del momento. No concebía el diálogo con aquella burguesía tonta y ensoberbecida en verdad, de la década del 20. Proclama que "a la vida es necesario brindarle la elevación exquisita del brazo y de la muerte", incluyendo de hecho en tal exquisitez una generosa dosis por partes iguales de dinamita y gelinita. "Tengo un le-

IDEALISMO Y DINAMITA

ma —escribía—: quien ama no odia; quien ama no olvida." Si destruye, no es así por odio; su coartada es "el amor total". Reproduce la frase de Nietzsche: "Quien quiere ser creador en el Bien y en el Mal, debe empezar por ser destructor y romper el valor. La mayor malignidad forma parte de la mayor benignidad, y esta benignidad es la creadora." Se jactaba de pertenecer a "la falange de los locos, de los anormales, de los degenerados en el amor." Precociza "la rapsodia heroica de la vida difícil", "en posición viril y de hereza, no de rodillas". Desprecia a los "anarquistas santurriones, contaminados por el convencionalismo burgués y cristiano". Anuncia un "inmenso paraíso de bellezas absolutas", y se lanza tras él en un vértigo que no puede ni quiere contener. "Aúlla todo lo interno —escribe con arrebatado a su amante— reclamando la necesidad de amar." "Vivo valientemente la existencia; la vida es eterna gozada en su brevedad, y eso me atañe, porque soy un conquistador de la eternidad." Copia entretanto otra frase de Nietzsche: "Sólo en el Mal está la vida". La hora del Bien no pueda demorar, y no habrá de renunciar por "un plato de lentejas" a las "cumbres inaccesibles", al "vellocino de oro de nuestras reivindicaciones". Y si muere, será buscando "nuevas vicisitudes para afirmar nuestro derecho a la vida".

Su sacrificio no rindió los frutos que esperaba (o que quería creer que esperaba). El anarquismo sufrió en esos años hondas escisiones. Muchos se dispersaron: algunos, para aburguesarse en Buenos Aires o en Montevideo; otros, para morir en la guerra de España. La fracción "santurriona" derivó en grado importante hacia un sindicalismo socialista atenido a tácticas y a platos de lentejas. De Severino Di Giovanni sólo quedó, a fuerza de titulares periodísticos sensacionalistas, la imagen despreciable de un vulgar "pitolerito". Sus numerosos escritos y sus cartas, material que ocupa un tercio del volumen, nos revelan en cambio una existencia patética y un temperamento excepcional, un idealismo exacerbado hasta extraviarse por vías intransitables. Pudo el autor proporcionar un panorama más amplio de los movimientos extremistas de esos años. Prefirió atenerse al personaje y a sus relaciones más directas, y debe reconocerse que con ello ya le sobraba tema. Resulta indudablemente oportuna su exhumación al colocar la violencia y el terrorismo en el marco humano que permite comprender mejor su empresa abocinante, el arrebatado sin frenos de un amor que se desmateria, absorbe en su realidad inconmensurable, ante lo cual todo lo demás sólo puede resultar digno de la dinamita.

WASHINGTON LOCKHART